

Adios, querida Carolina, no ceses de pedir al Señor la gracia de que perseverare hasta el fin. Si se me permite te escribiré muy pronto. Tu amiga.

CARTA IV.

Paris. Hospicio. . . .

Estoy de guardia esta noche en la sala de enfermas, y aprovecho esta ocasion para platicar contigo, querida Carolina, gusto de que me han privado hace un mes largo, los muchos quehaceres que llenan mis dias: todos mis instantes son contados y empleados por mis superiores, sin que me quede ninguno [que consagrar á la amistad. Para que tú misma juzgues, voy á contarte por menor todo lo que hago desde que estoy en esta bendita casa, donde me encuentro tan dichosa que desearia que todas las personas que amo participaran de mi felicidad: esto es bastante decir, para que entiendas que quisiera verte como yo,

vestida con el traje negro de las postulantes, te-nerme á mi lado y edificarme con tus ejemplos. ¡Quién sabe si algun dia me dará Dios este consue-! lo! Es necesario prevenirte que no haciendo caso del amor propio, no me cuidaré absolutamente de enviarte obras maestras de estilo epistolar: trasladaré mis pensamientos, mis recuerdos al papel tal como me vayan viniendo; y si algunas veces notas falta de ilacion, ó repeticiones de detalles, dispénsalo á la pobre postulante, que se ve obligada á interrumpir una frase, quizá bien comenzada, por ir á dar de beber á una enferma, ó por voltear en su cama de dolor á una anciana parálitica, impedida de todo movimiento. Este es un exordio preparatorio que mi vanidad hacia indispensable. Ahora ya puedo comenzar.

Antes que todo, te diré que las cosas se pasaron con mi padre como yo habia deseado. En el dia señalado me presentó á Sor Sofia, mi Superiora, á quien llamamos nuestra *madre*. Estuvo tan bondadosa para conmigo, que desde luego le pedí una entrevista particular, que me concedió inmediatamente. Le dí á conocer mi deseo de quedarme ese mismo dia en la casa, manifestándole los motivos que habia para hacerlo; y aunque dudó un poco, por fin consintió en ello. Despues arre-

glamos cómo había de hacerse, y volvimos al cuarto donde estaba mi padre y su amigo, que era mi cómplice; y que nos sirvió admirablemente pidiendo que les enseñaran la casa. No se detuvo la Superiora en satisfacer esa curiosidad; nos hizo recorrer varias salas, y con mucha destreza hizo que mi padre se separara de mí, sin que notara su intención. Era el momento más oportuno, é inmediatamente una hermana jóven, tan bella y tan amable como su nombre, Sor Angela, me hizo señas que la siguiese; me condujo á una sala en que estaba reunida la comunidad para la recreacion que tienen despues de la comida, que es á las once. Me recibieron con mucha afabilidad, lo que me enterneció, y me dijeron que esperaban llegar á tener la dicha de darme el dulce título de hermana. ¡Dios quiera escucharlas! y ojalá que yo no me haga indigna de obtenerlo muy pronto!

Sin embargo, por más que hacian para distraerme, sentia que se me oprimia el corazon al pensar en mi padre, y no pude ménos que llorar cuando, viendo entrar á la Superiora, conocí que acababa de partir lleno de tristeza, dejándome en aquella casa.

Entónces, Sor Sofia, me tomó de la mano y me dijo: venga vd. á encomendarse á la que no en va-

no llamamos *Consoladora de los afligidos*; juntas le rogáremos que consuele á su familia, y á vd. le dé la paz del corazon: esté vd. segura de que nos oirá.

Entramos á la capilla: se arrodilló junto á mí, á los piés de una estatua de la Santísima Virgen, y, sin duda, á sus fervorosos ruegos debí la gracia que alcancé de Dios, por intercesion de su Madre Santísima: mis pesares y sentimientos se calmaron inmediatamente, y sentí mi alma inundada de una alegría celestial, que no me ha dejado desde entónces. Consumé mi sacrificio: espero que el Señor lo habrá recibido con agrado, pues costó mucho á la naturaleza. Igual cosa sucedió con mi padre; en las varias ocasiones que lo he visto despues, me ha parecido enteramente resignado á la voluntad del Señor: ¡Dios sea bendito!

Ya van cuatro veces que interrumpo esta carta y la vuelvo á seguir; pero tambien ya estás prevenida que si te parece mal ligada, te dediques á corregir el estilo de la pobre postulante que no tiene tiempo para hacerlo.

Sabrás que nos levantamos á las cuatro de la mañana; y te parecerá cosa muy rara que tu amiga, que antes le costaba mucho trabajo levantarse á las siete, ahora esté en pie al primer toque de cami-

pana. Hechás las camas, vamos á la capilla á tener una hora de meditacion; no te escandalices, pero es para mí la hora más penosa de todo el día, y te diré por qué: en vez de imitar los ejemplos de recogimiento que tengo á la vista, no sé yo cómo, es precisamente el motivo que escoge mi imaginacion para representarme á mi madre y hermanos. Parece que les hablo, que platicamos, y muchas veces se pasa la oracion sin que haya pensado nada en Dios. Hago muy mal, lo sé; pero por más esfuerzos que hago para entrar en juicio y acallar esos vanos pensamientos, no lo consigo. Me aflige esto tanto, que ya se lo he dicho á nuestra Madre, quien me consuela prometiéndome que cuando éntre al Seminario, n.e enseñarán cómo debo portarme, y que entónces la meditacion me parecerá muy fácil, y se cambiará poco á poco en un dulce hábito. ¡Dios lo quiera!

Te diré para tu instruccion, querida Carolina, que el Seminario es el primer paso para el noviciado: ese tiempo se pasa en la casa central de la Congregacion, calle del Bac, donde residen la Superiora general y todas las dignatarias. Cuando la Superiora de la casa en que uno ha entrado de postulante tiene algunas razones para creer que nuestra vocacion es verdadera, nos presenta á la

Superiora general, que es quien nos admite al noviciado, donde se nos forma á la vida espiritual, y se nos enseñan las obligaciones y los deberes de nuestro santo estado: digo *nuestro*, esperando, con la gracia de Dios, perseverar hasta el fin.

En cualquiera parte se puede estar de postulante; pero el Seminario ó noviciado, como quieras llamarlo, no puede tenerse sino en la casa central; no hay excepcion en esta ley: toda postulante debe pasar allí cierto tiempo ántes de recibir el hábito completo de Hermana de la caridad; despues de ese favor, que jamás se concede sino al fin de un retiro de ocho dias, se manda á las novicias á alguna de las casas de la Congregacion, donde hacen los mismos quehaceres que las hermanas que han hecho los votos, que no llegan á pronunciarse sino hasta los cinco años; hasta entónces no tiene uno ningun compromiso con la Congregacion, quien, por su parte, puede tambien excluirnos de su seno; sin embargo, se necesitan razones muy graves para que las Superiores lleguen á ese extremo, ó motivos de salud. Esta medida es prudente; porque ¿qué servicios podrá esperar la comunidad de miembros enfermos, estando obligada, por otra parte, á cuidar de las hermanas ancianas ó achacosas, que su mucha edad ó penosos traba-

jos han inutilizado, poniéndolas fuera de servicio? Esas venerables siervas del Señor son recogidas en la Casa central y tratadas con el mayor respeto. Es nuestro cuartel de inválidos.

Todas las Hermanas conservan gratos recuerdos del tiempo de su noviciado; no hablan de él sino con cariño y sentimiento; ponderan tanto las dulzuras espirituales que allí se gustan, que yo tengo casi tanta ansia de entrar en él, como tenía hace pocos meses de ser postulante. Pero me parece que me he distraído mucho de lo que me había propuesto al comenzar esta carta: volvamos al asunto sin rodeos.

Al día siguiente de mi llegada, me llamó aparte la Superiora, y, después de haberme explicado con brevedad las nuevas obligaciones que iba yo á contraer entrando al postulado, me preguntó si me sentía con bastante ánimo para obedecer ciegamente á todo lo que me mandara, «porque, añadió, la santa obediencia es la primera de las virtudes necesarias á una hija de San Vicente de Paul: todas hacemos voto de ella. Aquí me obedecen á mi, y yo debo tener una sumisión ciega á la Superiora general que podria, si lo juzgara útil á la gloria de Dios, quitarme hoy mismo de esta casa y enviarme á otra á desempeñar los

«empleos más viles, sin que tuviera yo derecho de quejarme. No crea vd. que tales cambios, como vos ejemplos son bastante raros, deban considerarse como un castigo; no son muchas veces sino una prueba saludable para la humildad de la que fué Superiora, y otras ocasiones sirven para mostrar plenamente las virtudes de aquella á quien se exige ese sacrificio, y proponerla como modelo á las hermanas jóvenes, fáciles de dejarse llevar de pensamientos de soberbia.» Después de ese sermoncito, le prometí á mi nueva madre con todo el corazón, renunciar en todas cosas á mi propia voluntad, lo que espero que no me costará mucho trabajo, porque siempre he creído que es mucho más fácil obedecer que mandar, y que se encuentra en eso doble ventaja; pues no se tiene responsabilidad de sus obras, y Dios recibe las menores acciones hechas por obediencia.

En seguida nuestra Madre me mandó que fuera á ayudar á la cocina, donde la hermana que preside me dió un delantal blanco y me puso á trabajar. Gracias á mis padres que me enseñaron á hacer todo, porque les gustaba que sus hijas supieran hacer lo de la casa, salí con bien de esa primera prueba, y dos días después me cambiaron de empleo. Me tuvieron en el lavadero, después en la

lencería ó costura, y por último, hace ocho días que me han puesto en la sala de Santa Marta, confiada al cuidado de Sor Luisa, que es un modelo de dulzura, de bondad y de paciencia, que se necesita mucha para responder con calma á tantas impertinentes exigencias de algunas enfermas, cuyo genio lo ha exasperado la miseria y los sufrimientos.

Las llegadas más recientemente, son siempre las más difíciles de contentar; porque despues Sor Luisa las va cambiando, poco á poco, tan completamente, que no parecen las mismas personas. Te podria contar varios casos; pero esta carta se ha alargado tanto que es preciso cortarla, suplicando guardes tu curiosidad hasta la próxima, que será de aqui á varias semanas.

Adios. Tu amiga.

CARTA V.

Paris. Hospicio. T. 5. 210

Querida Carolina: obligada como estoy á no perder nada de tiempo, aun cuando te platico, tomo mi historia en el punto en que la dejé en mi carta

anterior. Creo que te conté que estaba yo en la sala de Santa Marta, destinada á mujeres enfermas, y confiadas al cuidado de Sor Luisa que sabe curar las enfermedades del alma, al mismo tiempo que alivia los sufrimientos del cuerpo. No te referiré sino un solo ejemplo, pero que basta para apreciar su celo.

Algunos momentos despues de mi entrada en aquella sala, me empezó Sor Luisa á hacer algunos encargos: que le diese de beber á una de sus queridas enfermas, como ella les llama; que á otra le levantase la almohada, etc.; satisfecha del modo con que yo los cumplia me dijo sonriendo: «Puesto que tiene vd. tanto empeño, voy á encargarle que me cuide á una jóven que tengo, que es un modelo de paciencia y de resignacion; vd. se edificará seguramente y admirará tanto como yo la fuerza del amor divino, y el poder de la gracia en esta pobre niña.» Diciéndome eso, llegamos á una cama en que descansaba tranquila una jóven de figura muy interesante. Tenia diez y seis años, pero no representaba más que diez ó doce.

A la voz de Sor Luisa, que le preguntaba cómo se sentia, abrió los ojos, y, mirándola fijamente, la dije con un acento que me impresionó: ¡Ay, her-

mana! bien: porque estoy como Dios ha querido ponerme.

—¿Sufre vd. tanto como ayer, hija mía? le preguntó Sor Luisa poniendo su mano en la abrasada frente de la enferma.

—Sí, respondió con amable sonrisa: con todo, cuando vd. está, me parece que me alivio un poco.

—¿Pero qué, cuando me voy no se queda Dios, que se agrada tanto de verla padecer con paciencia?

—¡Ah! sí: y el pensamiento de que me lo tendrá en cuenta, me da fuerza cuando me veo á punto de ceder: ha sido Dios tan bueno para conmigo! me ha concedido tantas gracias, que seria una gran ingratitud rebelarme contra su voluntad santísima.

—Consérvese vd. siempre en esta disposicion; mi pobre Genoveva, y esté segura de que Dios la recompensará.

La jóven no respondió nada, sino que dirigió al cielo una mirada, con una expresion de gozo y de amor que nunca olvidaré. ¡Ay Carolina! entonces comprendí que valia mucho más que yo: la llegué casi á tener envidia, deseando estar en su lugar. Por esto, fué con cierta especie de respeto como me puse á asistir á esa santa niña, cuyo

cuerpo, es todo una llaga que exhala un hedor infecto, que, debo confesártelo, me molestó el estómago, pero no hice caso, y desde entónces no he vuelto á sentir repugnancia, aun en las cosas más desagradables.

—Vuelvo á mi historia: todo el tiempo que duró la curacion que mi inexperiencia debe haber hecho muy dolorosa, no pronunció una sola queja, y tuvo fijos los ojos todo el tiempo en su Santo Cristo. Su rostro angelical no perdió un solo instante su serenidad acostumbrada, miéntras que yo sudaba á mares, y no podia más de mortificacion.

—¿La he molestado mucho? le pregunté.

—No cosa, me dijo, y se desmayó.

—Acababa yo de hacerla volver en sí, cuando entró su madre: me pareció prudente separarme, pero deseaba mucho platicar con esa señora para que me contara algunas particularidades de la vida de Genoveva; así la espíe cuando salia y le pedí licencia á Sor Luisa de irle á hablar: me la dió, fuí á alcanzarla, y le pregunté si su hija habia sido siempre tan piadosa como ahora.

—Desde que hizo su primera comunión, jamás ha sido de otro modo. Antes sí, era un demonio, aunque es verdad que yo tambien descuidaba educarla en el amor de Dios. Pero cuando, gracias á Sor

Luisa, comprendí que no es suficiente que una madre que quiere cumplir con sus deberes, se limite á cuidar del cuerpo de sus hijos; cuando me hizo conocer que la salud de sus almas debe ser antes que todo, entónces, empecé á enviar á la escuela á mi hijita Genoveva, y las lecciones de las hermanas han hecho que sea lo que vd. vé, un ángel de Dios que muy pronto será llevado al cielo. «¡Ay! si demasiado pronto, añadió llorando, los sufrimientos de mi pobre hija tocan ya á su término: Ya no puedo hacerme ilusiones, es imposible que viva ni unos cuantos dias.» «¡Oh! Aunque yo pensaba lo mismo, procuré decirle algunas palabras de consuelo; movió la cabeza, manifestando que no las creía, y agregó: «Estoy resignada á la voluntad de Dios.» Estaba yo muy conmovida; pero lo que me había contado esa señora, había excitado más mi curiosidad, y así le pregunté cuándo y cómo había conocido á Sor Luisa.» «Hace diez años, respondió, tuve una enfermedad muy grave y me trajeron á esta misma sala en que está mi hija. Entónces no creía yo ni en Dios; me burlaba de todo aquello que no tenia relación con mis necesidades materiales, y vivía enteramente como si no tuviera alma que salvar. La pri-

mera vez que Sor Luisa me habló de Dios, me impulsó á reír; pero ella se portó tan bien conmigo, que á la larga hizo que comenzara á reflexionar. Llegué á pensar que podría tal vez tener razon; y despues me pareció que no era prudente exponerme á ser desgraciada en esta vida y en la otra, en caso de que la hubiera; por fin, pedí un confesor, y le puedo asegurar á vd. que salí del hospicio curada del alma y del cuerpo. Mi primer cuidado, de vuelta á mi casa, fué hacer que se convirtiera mi marido. Me costó mucho trabajo conseguir que llegara á confesarse, porque le repugnaba sobremanera; pero, por último, llegó á hacerlo, y desde entónces parece otro hombre, tanto ha variado: no bebía diariamente, es verdad, pero sí con mucha frecuencia, y entónces no parecía hombre sino leon: tiraba los trastos, me daba de golpes, maltrataba á los niños, y tal vez los hubiera lastimado si no se los escondiera yo; pero hoy, ya no hay nada de eso: no se ha vuelto á embriagar: el dinero que gana me lo lleva para el gasto, y mi casa, que era un infierno, es hoy un paraíso, gracias á Sor Luisa que nos ha hecho cristianos. Mis hijos son muy prudentes y trabajadores, y solo tengo un pesar, pero muy grande, y es: ver á mi querida hija Genoveva en el estado en que es-

tá. Con todo, puesto que así lo dispone Dios, no me debo quejar. . . . »

Parecia que aquella buena señora iba á seguir hablando, pero fué preciso interrumpirla porque la campana llamaba al refectorio. Me despedí, prometiéndole cuidar con todo empeño á su pobrecita hija, y bendije á Dios que se habia servido de una humilde Hermana de la caridad para traer á una familia al sendero del bien y de la virtud. ¡Ojalá que algun dia, tan miserable como soy, llegue á ser el instrumento de su misericordia!

Como puedes creer, le cobré mucho afecto á la piadosa Genoveva y la lloré como si hubiese sido de mi familia, cuando, á los ocho dias, voló su bella alma al cielo. Me dieron licencia de amortajarla y de dar á su pobre madre algo de dinero para el entierro. Ella me prometió ántes de morir, que si se salvaba, como confiaba tanto, le habia de pedir á Dios para mí, la gracia de la perseverancia: yo tengo mucha esperanza de que me la alcance, y que, algun dia, la pobre Enriqueta podrá firmar: Sor. Fulana, indigna hija de San Vicente de Paul.

Miéntas tanto, es necesario conformarse con repetirse solo, tu amiga.

« . . . »
Parecia que aquella buena señora iba á seguir hablando, pero fué preciso interrumpirla porque la campana llamaba al refectorio. Me despedí, prometiéndole cuidar con todo empeño á su pobrecita hija, y bendije á Dios que se habia servido de una

CARTA VI.

Regocijate conmigo, querida Carolina: tengo mucha alegría y me cuesta trabajo persuadirme que no estoy soñando. Léete y juzga si acaso podría esperar tan pronto lo que me pasa.

Hacé algunos dias que me dijo *nuestra Madre*, que estando muy satisfecha de mi conducta, me queria premiar llevándome á la Casa central, que tanto he deseado ver. No me hice nada del rogar, y nos pusimos en camino. A la media hora llegamos á la calle de *Bac*, y *nuestra Madre* me presentó á la Superiora general, á la Maestra de novicias, y, en fin, á todas las dignatarias de la casa, quienes estuvieron muy amables conmigo. Yo estaba tan conmovida, tan temblorosa, que no te puedo decir si respondí algo en regla á las preguntas que me hacian. Quizá por lástima, ó por algun otro motivo, la Maestra de novicias le encargó á una hermana jóven que me llevara á la capilla y al jardin. Nos arrodillamos ante el altar de San Vi-

cente, y le pedí con toda mi alma que dispusiera en mi favor el ánimo de la Superiora general y de su Consejo, porque no dudaba yo que estarían tratando de mi admision al noviciado; pues aunque quiero mucho á mi madre Sor Sofia, y á la excelente Sor Luisa que, en confianza, me consiente demasiado, habria yo dado todo cuanto hay por no volver al Hospicio. ¡Ay! es que se exhala un suave perfume de piedad de esta hermosa capilla, enriquecida con las reliquias de nuestro bienaventurado Padre; además, reina en toda esta casa un orden tan admirable, que penetra el alma y se trasluce en todas las personas que se encuentran.

Todavía estaba en oracion, cuando entraron las novicias á la capilla, y al través de su recogimiento, pude notar en todas ellas no sé qué aire de gozo y de felicidad, que me pareció como un reflejo de la paz y de la dicha que han hallado en este santo asilo.

Antes de irnos, me llevaron de nuevo ante la Superiora general, que me dijo algunas palabras para alentarme, y que esperaba poderme contar muy pronto entre sus novicias.

Animada por la bondad con que me hablaba, le contesté algo que creo que le pareció bien, y me despidió repitiéndome: «Hasta muy pronto.» Esto

me causó una alegría que no pudo ménos que notar: se sonrió, habló despues unos momentos aparte con Sor Sofia, que vi que hizo un signo afirmativo, y nos fuimos.

Despues de esa visita, he procurado redoblar mi celo y exactitud, y he sido premiada sabiendo que mañana debo entrar al noviciado. ¡Al noviciado! Carolina, ¿comprendes bien mi dicha? ¿Qué he hecho para merecerla? Muy poco en realidad: las pruebas á que me han sometido, he hallado tan fáciles, que siempre esperaba tener que sufrir otras que merecieran ese nombre. ¡Oh! Carolina, si estuvieras en mi lugar, exclamarías como yo: ¡Qué bueno y misericordioso es el Señor!... No te escribiré durante todo el tiempo del noviciado porque no hay licencia para eso; además de que nos hacen trabajar y estudiar tanto, que apenas pondré unos cuantos renglones á mis padres. No lo llevarás á mal, pues muchas veces me has dicho que el deber es ántes que todo. No sabrás de mí sino por mi padre que debe venir á verme en la primavera.

Adios: no te olvides delante de Dios, de quien quisiera que tú participaras de su dicha, y que siempre será tu amiga.